



Por YELANDI MILANÉS  
GUARDIA  
ymguardia@gmail.com

CADA 5 de Junio el mundo celebra el Día del medioambiente, pero no siempre el festejo está a la altura de la conciencia ambientalista que demandan estos tiempos. Ya no es un hecho lejano el cambio climático anunciado por los científicos, pues en varios aspectos estamos viviendo los efectos nefastos de nuestro proceder errado.

La temperatura se eleva, los glaciales se derriten, las estaciones del año han alterado sus ciclos y características, y los fenómenos meteorológicos han aumentado su incidencia.

A lo antes referido, se unen la deforestación, la contaminación de los mares y ríos, el incremento de los gases de efecto invernadero y,

entre otras calamidades, la pérdida de la diversidad biológica.

El consumismo también ha desempeñado un papel preponderante en la aludida destrucción, pues la incitación mercantilista a emplear cada vez más bienes materiales, influye directamente en el agotamiento de las reservas naturales.

Frente a esta casi apocalíptica realidad, no podemos quedarnos de brazos cruzados, ya que no solo está en juego el equilibrio ecológico, sino la perdurabilidad de la especie humana.

Una de las causas del maltrato del entorno es que a diferencia de varias culturas aparentemente primitivas, de las cuales podríamos aprender muchos hábitos y conocimientos trascendentales, el hombre moderno se cree desligado de la naturaleza, un pensamiento equivocado que, de persistir, puede

seguir arrastrándonos hacia un triste final, cuyo preludio ya estamos viendo.

No obstante, el daño puede revertirse si comenzamos a conciencizarnos sobre el rol primordial en la restauración del medioambiente, y -por consiguiente- en el actuar conforme a esa idea.

Todo comienza por aprender a vivir en armonía con la madre natura, la cual se manifiesta de modo positivo si la cuidamos, y negativamente si somos irresponsables. También debemos comprender que es nuestra compañera y no nuestra sierva, pues de ella procedemos, en su seno nos desarrollamos, y es imposible concebir el sostenimiento de la vida sin sus recursos y existencia.

Entonces, solo nos resta pasar de las palabras a los hechos, y restablecer el orden que hemos roto por una conducta inadecuada. No importa que las acciones ambientalistas

sean pequeñas y solo se reduzcan al entorno más cercano, porque como bien decía la Madre Teresa de Calcuta: "A veces sentimos que lo que hacemos es tan solo una gota en el mar, pero el mar sería menos si le faltara esa gota".

Dediquemos cada día los esfuerzos hacia la preservación de la naturaleza, devolvámosle la imagen limpia y pura que mostraba antes de ser contaminada por la negligencia del hombre.

Desarrollar una actuación y conciencia ambientalista no es algo sencillo, constituye un largo proceso en el que debemos cambiar concepciones y hábitos mantenidos por mucho tiempo, pero bien vale la pena realizar esa inaplazable transformación, no importa cuán difícil sea iniciar, lo fundamental es romper la inercia, pues como reza un viejo proverbio chino: "El camino más largo comienza por el primer paso".



Por YASELE TOLEDO GARNACHE  
yasegarnache@gmail.com

CON frecuencia solemos mencionar la expresión "guerra cultural", como si se tratase de un fenómeno reciente, pero la verdad es que existe desde hace mucho.

En la historia de la humanidad han ocurrido disímiles pugnas, competencias, batallas por conquistar territorios e imponer modos de vida, lograr hegemonías. Durante siglos prevalecieron las luchas armadas, las explosiones, los disparos, las muertes...

Esas guerras solían reconfigurar el orden político y económico global. Tal vez, los dos mayores ejemplos son la Primera Guerra Mundial, de 1914 a 1918; y la Segunda, de 1939 a 1945, con millones de víctimas, y transformaciones de gran alcance en todo el planeta.

Pero desde mucho antes de esos dos grandes y lamentables acontecimientos, ya palpitaba una lucha también en el plano de la cultura, entendida más allá del arte. Cuando un grupo de personas sometía a otro o cuando una nación conquistaba a otra, existía también el propósito de imponer su religión, sus costumbres...

El surgimiento de la imprenta, los libros, los periódicos y agencias de noticias, como **EFE** y **Reuters** permitieron llegar a mayor cantidad de personas, con las ideas, las visiones e informaciones desde el interés de sus dueños. Con la creación de la Radio, la Televisión y el Cine, las posibilidades de influencias en grandes mayorías aumentaron.

Poco a poco se fueron creando consorcios y monopolios de la comunicación, especialmente desde los países con mayor poder econó-

mico, que han pretendido además una hegemonía en la cultura. Pensemos, por ejemplo, en los héroes de las películas estadounidenses. ¿Qué características tienen? ¿Quiénes son los vencedores? ¿En esas obras de ficción, qué país suele salvar a la humanidad? Pues, por supuesto: EE.UU.

Con el desarrollo de internet y las nuevas tecnologías, todo eso se ha incrementado hasta límites impensables. Los conquistadores del siglo XXI saben que quienes hieren o matan la identidad, las bases culturales de un pueblo, -elementos poderosos de orgullo y resistencia- también asesinan su alma, parte esencial de su fuerza e independencia.

En la Red de redes, millones de personas están a la distancia de un click, un "me gusta", una imagen... Un considerable porcentaje de los servidores informáticos radican en EE.UU., nuestros datos pasan por ahí. Vamos dejando huellas de nuestra personalidad, relaciones, gustos y sueños... Y quienes dominan ese aparato tecnológico o tienen el dinero para pagar pueden direccionar contenidos hacia tipos de públicos específicos, ciudades y países, poseen una ventaja indiscutible.

Más del 75 por ciento de los miles de millones de usuarios de internet se conectan diariamente. Me gusta imaginar todo también como una especie de cancha deportiva, en la que existe una competencia constante por ser vistos, posicionar contenidos, una batalla cultural e ideológica que, en ocasiones, pudiera ser hasta inconsciente para algunos. Y eso igualmente se extiende a lo económico.

Según el libro **La dictadura del videoclip**, del profesor español Jon Illescas, siete de los 10 audiovisua-

les de ese tipo más reproducidos en Youtube de 2005 a 2015 son de Estados Unidos. El 61,5 por ciento de las banderas que aparecen en videoclips es también la de ese país, multiplicando por seis la frecuencia de la segunda: la de Gran Bretaña. El 90 por ciento del total es cantado en Inglés.

A eso sumamos que en casi cuatro de cada 10 videos (39,8 por ciento) hay apología a drogas legales (casi siempre alcohol) y en más de uno de cada 10 ilegales (marihuana casi siempre). El modo de vida que más se refleja es el estadounidense, como también sucede en otros materiales audiovisuales.

Hace algunos meses en un encuentro en el espacio Dialogar, dialogar, con el periodista y catedrático Ignacio Ramonet y con la cubana Rosa Miriam Elizalde, se utilizaba el término "colonialismo 2.0", un vocablo (colonialismo) que a nosotros no nos parece exagerado, ni desfasado, sino muy actual. Cuando uno analiza las particularidades del mundo digital, su funcionamiento..., comprende la dimensión de todo eso, con batallas de diversa índole, en las cuales se pueden definir cuestiones trascendentales.

Luego, en otro intercambio realizado en la sede de la Uneac, Ramonet aseguró que "la verdad es cada vez más emocional", un elemento que suele ser aprovechado para socavar los cimientos ideológicos de los internautas y los pueblos en general.

Las redes sociales han sido utilizadas en diferentes países como vehículos para crear descontento popular y hasta lograr levantamientos que se trasladen a los espacios físicos, y viceversa, se pretende que cualquier hecho tenga su amplificación en las platafor-

mas hipermediales, muchas veces de forma exagerada. Cuba es blanco permanente de todo eso.

En la actualidad, predominan las estrategias que privilegian la conjugación de sucesos en plataformas digitales y el mundo físico, con una fuerte disputa en lo simbólico, que incluyen tergiversaciones de la historia e intentos de apropiación del pensamiento de sus héroes, con grandes cantidades de dinero destinadas a la subversión y al apoyo a supuestos movimientos por el "cambio".

Tenemos la fortaleza que desde el triunfo de la Revolución el 1 de enero de 1959, el arte y la cultura, en general, han sido prioridades, sin obviar la crítica ni situaciones complejas en el panorama nacional. En momentos muy complicados, el Líder Histórico de la Revolución, Fidel Castro, enarboló frases como "...la cultura es lo primero que hay que salvar". Él siempre tuvo mucha claridad sobre su importancia como alma de un pueblo, esencia que permite resistir, hacer y soñar, sin perder la belleza. Miguel Díaz-Canel, Presidente de la República, también es un hombre de la cultura, un amante de la música y de las artes, un intelectual de este tiempo.

Ojalá logremos que prevalezca un pensamiento descolonizador a nivel global, que potencie el decoro de los seres humanos, el bienestar individual y colectivo, el desarrollo y la soberanía de nuestras naciones. Una pretensión noble a la cual nunca debemos renunciar, porque las disputas en lo simbólico, en las ideologías, jamás cesarán. El futuro podría ser más complejo, pero Cuba, el proyecto social y su pueblo deberán tener siempre la fortaleza para seguir en el camino de la luz, la dignidad y el progreso.